**PALABRAS PARA UN RETRATO**

<<Una foto de 33 hombres, mujeres y niños yaganes tomada hacia 1928 por el sacerdote salesiano Alberto De Agostini en la isla Navarino me causó una fuerte impresión. Era un retrato de cierre que permitía conservar en la memoria a los ancianos que practicaron sus últimas tradiciones, aunque también incluía a los niños que tendrían la misión de continuar esa estirpe austral a través del mestizaje; ya no había otra opción. Pregunté a Úrsula Calderón, nacida en 1925, si una de las niñas de la primera fila, junto a un botecito y a un canasto, era ella, porque tenía sus rasgos. Miró la foto varias veces y dudó. Podía reconocer a otras personas, pero nunca se había visto en una foto de pequeña y no tenía una imagen de sí misma a tan corta edad.

Pensé que si bien la fotografía era un testimonio valioso, me faltaban sus palabras, sus historias, para saber cómo fueron esas vidas tan singulares, y puesto que ya no estaban entre nosotros para contarlas, me propuse convertir ese registro visual en un retrato hablado. Fue un pueblo de unos 3 mil o más miembros, el más austral de la Tierra, con cinco grupos distribuidos en el archipiélago fueguino, desde las riberas del canal Beagle, llamado por ellos Onashaga, hasta el Cabo de Hornos. A principios del siglo XX, no llegaban a un centenar.

Las hermanas Úrsula y Cristina Calderón Harban, con quienes tenía una gran amistad, eran las únicas que podían hacer realidad esa idea, con sus privilegiadas memorias. A través de sus relatos volveríamos a recorrer las huellas de sus paisanos en las costas más lejanas de la Tierra del Fuego y agregaríamos un eslabón a esa larga cadena de seis siglos, en que las historias míticas y cotidianas de los yaganes han sido contadas de yagán en yagán, desde los tiempos en que las aves eran personas y Omóra, el colibrí, dibujó el archipiélago fueguino con su honda, a punta de piedrazos>>.